

¡Ya asías el cable irrompible
que te salvaría del caos!

* * *

La muerte truncó tus anhelos
de captar la Luz total
por la escala divina de la Fe.

Las sombras se borraron
con el alba radiosa y gozadora
de un nuevo y grandioso renacer,
que te abría la puerta de los sueños,
—donde nada muere y todo vive —,
calmando la sed que sentías
de inmortalidad...

Brotaron las rosas amarillas
que en sonrisa, la muerte plasmó
en tu rostro que dormía
inmóvil, mudo, frío...
¡Ya no dudabas! ¡Tu alma fué a Dios!

* * *

Hoy que recuerdo tu tránsito,
siento la alegría pura y grande
de haberte enseñado el fiel camino
que inequívoco te condujo a El.
Y en la humilde plegaria que musita,
quedo y vibrante, el corazón,
ruego te conceda generoso
el gozar lo que tanto has deseado:
la Verdad y el Amor
que Cristo representa en la Cruz...
Y donde está la honda teología
que eleva los hombres hasta Dios.

«AMENOFIS»

EL HOGAR EN LA GRAN CIUDAD

LAS grandes concentraciones humanas en torno a los centros industriales, comerciales o simplemente administrativos, Madrid, por ejemplo, ha creado un problema que hasta hace muy poco tiempo ha sido considerado, solamente ante la sociedad, en su aspecto material, y es indudable que el aspecto moral del mismo es muy importante, si queremos que en el hombre se recupere esa apreciación de los valores tradicionales que en torno al hogar fueron formándose y que en los veinticinco años últimos se han destruido casi totalmente.

Y sin echar la culpa de un modo absoluto a las «ideas disolventes» y quedarnos con el alma tan descansada como Sancho Panza después de ensartar media docena de refranes, vinieran o no a cuento, creo que es interesante pensar y discurrir sobre ello, con la seguridad de que nos encontraremos, como causa, origen o fermento de esa disociación hogareña, más con hechos disolventes que con ideas disgregadoras, ya que el español es por atavismo racial «tradicionalista», dentro de su hogar, y si se siente atraído por esos conceptos de libertad o libertinaje para los hijos, para los padres o para la esposa, gústale verlo en la casa del vecino, reservando la suya para mejor ocasión.

Pero a veces a los caracteres más duros y tenaces los rompen y trituran «hechos» más fuertes que sus caracteres mismos, pues es inútil el intento de crear un hogar cuando falta uno de los elementos esenciales para su creación, que es el espacio necesario.

Cuando la necesidad, apareada con la codicia, exigió del arquitecto la cubicación de la vida humana, en sus lugares más íntimos asestó un golpe de muerte al hogar. El hogar pudo existir cuando la superficie del mismo se medía por varas o por metros, pero al cubicarse, al diseñarlo teniendo en cuenta tan sólo los metros cúbicos de aire necesarios para cada persona, tuvo que hacerse pensando, solamente, en las necesidades materiales del hombre; es decir considerándolo tan sólo como animal útil y que por tanto debe criarse y mantenerse sano y fuerte para mayor utilidad de la especie, dejando a un lado las necesidades íntimas, las necesidades espirituales, afectivas y tradicionales, al privarle del espacio necesario para las mismas.

A la limitación del espacio tuvo que seguir, naturalmente, la limitación, desaparición o transformación del mueble del hogar; y el fuego, o ese ser «Coco» de los objetos viejos que es el traperero, se llevaron los venerables sillones que daban realce y autoridad al padre, los arcones repletos de ropa y recuerdos que hablaban a los niños del pasado; redujose a lo inverosímil el despacho, y feliz el que puede tenerlo; imposible disponer de comedor y sala de recibir y

suprimiendo ésta se limitaron o abolieron las visitas, y adiós a la cortesía al privarnos del lugar más adecuado para su ejercicio y, por último, hizo su aparición el mueble transformable, reversible, utilizable para todo, pero en nada perfecto.

Esto fué tan sólo la aparición del drama. Se le recibió hasta con satisfacción, se pensó en las ventajas materiales que, al parecer, portaba, sin reflexionar que la fuerza motriz que impulsaba este tipo de construcciones era la Avaricia, pecado mortal, por su misma definición insaciable, y por su esencia incapaz de bien alguno; y únicamente al ver la implacable finalidad de sus designios, restando espacio y multiplicando precios, la imposibilidad material de cobijar en el hogar a la familia y que el mayor o menor número de sus pequeños componentes, hijos hoy, padres mañana, promesas en el presente, Patria en el futuro, podían, en muchas ocasiones eran, de mérito para la consecución del espacio necesario para el hogar disminuído, nos dimos cuenta del problema que se nos había planteado.

El verdadero drama que conmueve el alma, cáncer que roe la entraña de las capas sociales económicamente menos poderosas, es la imposibilidad en que se encuentran de obtener esos metros cúbicos independientes e indispensables para la formación del hogar en la gran ciudad y que han creado una nueva categoría social, la de los «realquilados», fuente de sinsabores en las Comisarias y vivero de menudos pleitos para la curia modesta.

Ese hogar «compartido» que es el sello de la sociedad moderna puede definirse con las breves palabras del catecismo: «Lugar de todos los males sin mezcla de bien alguno».

La existencia de este problema la sentimos muy hondamente los hombres que alcanzamos a conocer los últimos días de las generaciones pasadas, los que vivimos la vida del antiguo hogar español, los que en él escuchamos la voz de las viejas tradiciones, los que a través de muebles, ropas y retratos vimos a las generaciones pasadas y pudimos apreciar sus gustos y costumbres y sentir sus pensamientos y su aliento en las estancias en que ellas vivieron; los nacidos después lo sienten, pero solamente en su aspecto material de carestía y pequeñez. No pueden sentir la pérdida de una joya que ni conocieron ni gustaron.

Yo espero que en un futuro, acaso muy inmediato, si se quiere que la familia sea la base de la nación, y que ésta, sin ser refractaria a las formas de la vida moderna, conserve los valores morales que diéron fama de nobleza y dignidad cristiana a las generaciones pasadas, que este problema se estudie teniendo presente las necesidades materiales y espirituales que todo hogar debe encerrar, para lo que es necesario que sea agradable, amplio y acogedor, para que pueda inspirar al poeta.

«Yo aprendí en el hogar en que se funda
la dicha más perfecta
.....
.....»

JOSE AGUILAR ALVAREZ

¿Filosofía?

C otro día oí declamar una poesía...: «Hollywood llama estrella a sus mujeres... ¡Estrellas!... ¿Son estrellas esos carbones apagados?...»

En un estudio recordé la poesía y repasando renglones de «Lógica», llegué a preguntarme: ¿Es esto Filosofía?...

Antes de contestar voy a imaginarme una música de fondo. No sé si es porque aquella poesía que yo oí estaba acompañada de música de piano.

Pero después de todo no hay nada mejor que la música para decir lo que se siente...

* * *

Filosofía... ¡Qué necesaria eres en la vida! Siempre te he buscado... Pensé que te encontraría al estudiarte. Y sin embargo nunca me encuentro más lejos de ti que cuando te estudio.

¿Pero eres tú Filosofía lo que yo creo estudiar? Y tras la pregunta viene un nuevo desengaño...

Yo creí que Filosofía era el levantarse sobre las cosas del mundo y comprenderlas. Creí que la filosofía solamente estaba en vivir nuestra vida con Filosofía. Y por eso para mí era un símbolo la serena mirada de Hamlet...

Me gustaban los paseos largos. Me gustaba pensar en la soledad de una campiña entre montañas... Y me sentía feliz porque creía que aquello era Filosofía ¿He dicho creía?... ¡Sigo creyendo!

Por eso al mirar el libro y ver conceptos de transcendencia, nociones y unidades... ganas me dan de exclamar con el P. la Isla, aunque en distinto sentido: «¡Qué tiempos éstos en los que se gastan meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas!».

¿Qué pensarán las generaciones futuras de nuestro afán de estudiar ontologías que no son ontologías?

Intentamos demostrar que los objetos se diferencian... ¡Necios!... No parece sino que queremos poner en duda el valor de estos sentidos que Dios nos ha dado para que le sirvamos... y no para que los gastemos sobre las páginas de un libro que se llama Filosofía sin serlo...

Se dice que hay que aprender las distintas teorías para rebatir a los enemigos de ellas. Eso en primer lugar es crearse enemigos... que si no se supiera Filosofía no existirían...